

taba destinado á vencer la tiranía. Inteligentes matemáticos opusieron también á la fuerza la ciencia. Su línea de batalla, con sólo diez mil hombres, extendíase tanto como la línea misma de los persas. No tenían caballos, porque su árido suelo carecía de aquellos ricos pastos, en el antiguo lenguaje denominados hierba médica. A pesar de tantas inferioridades, el espíritu y el pensamiento suplieron al número. Cada hombre libre tenía consigo la patria, que le impulsaba resueltamente, no sólo al combate, sino también al sacrificio. Así el centro de los griegos no pudo contenerse y arremetió contra el centro de los persas. Desconcertado éste á la furia del primer ataque, repúsose bien pronto y rompió por todo, destruyendo con su número la línea enemiga y acosando á sus mantenedores. Entonces las dos alas del ejército republicano, que habían estado inmóviles, incontrastables, profundamente serenas, cual si no les tocara la batalla, viendo el encarnizamiento de los persas con los guerreros de su centro y notando cómo en la ceguera de su odio, para mejor perseguirlos y acosarlos, abandonaban sus ventajosas posiciones, desplegaron primero con rapidez, unieronse después con facilidad, y, una vez unidos, arremetieron al enemigo por la espalda, alcanzando tal victoria que no les quedó á los persas refugio ni auxilio ninguno, sino el mar, donde los persiguieron y acosaron sus gloriosos enemigos, cuyo triunfo resultara tal y tanto, que Atenas colocó las efigies de aquellos héroes entre las efigies de sus dioses y declaró altares atenienses los túmulos que señalaban el santísimo lugar donde habían muerto sus soldados por la libertad y por la patria.

— El Asia debió, tras el triunfo de los jonios, armarse contra Grecia — dijo Lucano, entusiasmado en su versión á la república por estos recuerdos. — Este armamento apareció fácil, porque los generales persas, vencidos en Maratón, habían engañado á Darío hasta presentarle como una victoria su derrota, fingiendo provenir de Atenas los prisioneros allegados en sus ventajas sobre las islas jónicas. Atossa insistía, como siempre, por la dilatación de un imperio cuyos límites ignoraba ella misma, no obstante haberlos trazado tanta y tanta sangre. Muerto Darío en los comienzos de la segunda guerra médica, el influjo de Atossa creció desmesuradamente por oírle su hijo más todavía que su esposo. El armamento

de Asia contra Europa se consumó por mano de aquella mujer extraordinaria. Babilonia y Menfis, que habían resistido al vencedor persa, tuvieron que someterse; las estatuas de los reyes y de los dioses vencidos entraron en Susa como tributos pagados por el Eufrates y el Nilo; juramentáronse las naves fenicias para mostrar en los empeños de la guerra tanto arte y destreza como en los empeños del comercio; los caudillos de cualquier territorio que resistiese á este reclutamiento universal, pagaban con la pérdida de sus ojos ó con la pérdida de su cabeza esta resistencia; el número de tribus llegadas no podía contarse ni sus nombres saberse; cuarenta y seis naciones, por lo menos, marchaban tan compactas que parecían cuarenta y seis colosos movidos por una sola voluntad y animados por un solo pensamiento; los asirios, ceñidos con cascos semejantes á tiaras y orgullosos de sus agudas flechas; los sacios, empuñando cortantes hachas de leñadores infatigables; los árabes, medio desnudos sobre sus caballos de guerra nómadas acostumbrados á marchar entre matanzas; los indios, envueltos en sus túnicas



Temístocles

de algodón; los rojos egipcios, cuyo carcax contenía muchas flechas y cuyas flechas llegaban muy lejos; los sagastos, de puñal muy corto y honda muy larga; los negros etíopes envueltos en pieles de leones y de panteras; los hircanos, tan sedientos de sangre como sus tigres; los voluptuosos libios, acostados en sus carros de combate, parecidos á lechos de placer; todos cuantos representaban las castas, la fatalidad, la monarquía, el despotismo, habíanse unido en haz para derribar por el suelo á unos pocos ciudadanos cuya fuerza única estaba en su idea, fuerza incontrastable, porque esa idea era la libertad. El tirano ignora, no solamente la libertad, ignora tam-

bién la patria. Pero Grecia tenía sus hombres libres, y la república estaba por providenciales decretos destinada en aquel momento á salvar para el mundo toda esa tierra griega, patria de nuestras almas. La orgullosa y ciega Semíramis, que había renacido en el vasto y siniestro espíritu de Atossa, no podía, no, vencer la libertad. Mientras aquella mujer nefasta engendraba siervos, Grecia, su enemiga, engendraba ciudadanos.

—A la cabeza de todos éstos hallábanse Aristides y Temístocles — dijo Séneca. — Amigo el primero de la justicia, penetrado por los profundos conceptos de orden y de legalidad, juntaba con una voluntad firme, determinante de las acciones más puras y más rectas, una conciencia clarísima que le iluminaba por doquier en sus maravillosos resplandores. Fundador de la joven democracia destinada por el cielo á recoger en aquellos sus días tantos laureles, juntaba en el mismo culto la espontaneidad propia de los pueblos libres con la sujeción y la disciplina que traen las leyes. Sobrio en su mesa y en sus amores austero, de pocas palabras y de muchos actos generosos, dado á la verdad como á una diosa y enemigo implacable de todos los tiranos, llovían sus labios reveladores consejos y era toda su vida como un ejemplo en acción del amor desinteresado á la libertad y á la patria. Aristides era la razón fría, y en cambio Temístocles era la pasión exaltada. Tenía más vicios que Aristides, pero también más virtudes. No alcanzaba él ciertamente la perfección clásica de su émulo, pero no adolecía de aquella su frialdad marmórea. Hijo de una extranjera, esta involuntaria desgracia le había cerrado hasta los gimnasios donde la juventud griega crecía; pero no había podido cerrarle, no, el corazón al amor de su patria y gente, aumentado y enardecido por las mismas contrariedades, cuya oposición, deteniéndole fuertemente la voluntad, no hacía más que impelerla con fuerza en la consecución de sus fines y exacerbarla con intensísima exacerbación. Inspirado por súbitas y reveladoras ideas; de mirada tan perspicaz como profunda; reuniendo con las exaltaciones del apasionamiento la madurez del juicio y con la fe de un joven la experiencia de un viejo, adquirida en sus intuiciones íntimas; poeta, orador, músico, estadista, general, soldado, pero ante todo y sobre todo ciudadano, se impuso con su mérito á su patria y subió á las más altas cimas del mundo, á

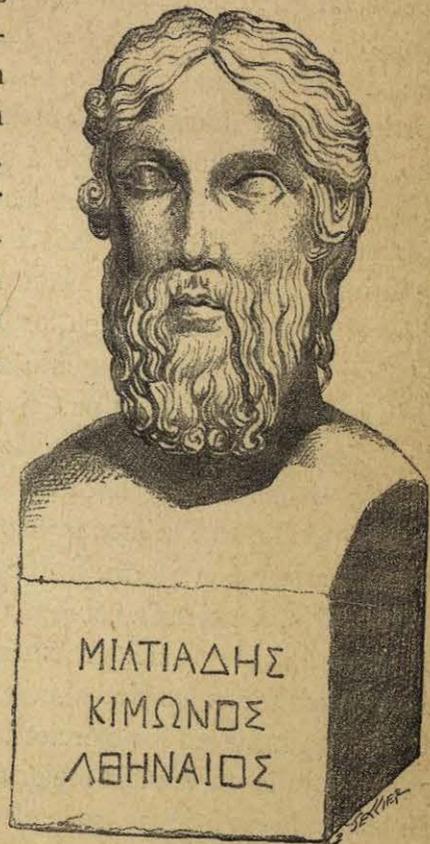
las cumbres de una ciudad libre, en alas de un mérito reconocido y proclamado por todos sus conciudadanos. En el instante de llamar Jerjes á las puertas de Grecia, llegaba Temístocles al colmo de su genio. No se comprende que un tirano como Jerjes, de razón madura y de complexión serena, intentara empresa como la de Grecia, de tantos peligros en su ejecución y de tantos males en sus resultados. Atossa y sólo Atossa es la clave del enigma. Casado con ella de segundas nupcias Darío, al morir éste y dejarla viuda, le dejó hijos como Jerjes, el primogénito, pero también dejó hijos del primer matrimonio. Atossa procedió de suerte que, so pretexto de no pertenecer la esposa del primer lecho á la dinastía, y no llevar por ende ni ella ni los suyos real sangre y real autoridad en las venas, cerróles el camino conducente al trono, y puso en éste á sus hijos, no sin que se alzara la protesta y viniera la guerra. Pero triunfante Atossa y puesto en el trono su hijo por mano de ella, propúsose justificar aquel imperio que se había temerariamente arrogado, y no encontró superior justificación á la que podría traerle cosa tan grande y tan feliz como el triunfo y dominio sobre Grecia. ¿Quién podía, pues, detenerla en su camino? ¿Quién podía disuadirla de su empeño? Atossa lanzó á Jerjes sobre Grecia, y lanzando á Jerjes sobre Grecia determinó la formación de aquella patria libre. Por consiguiente, sería imposible conocer la condición que alcanzó la mujer griega sin haber visto, como hemos visto, el influjo de Atossa en este momento sobre los destinos de la Hélade.

—Acabemos — añadió Persio, — pues, la relación de los sucesos. En el istmo de Corinto se reunieron las ciudades griegas y decretaron la resistencia que ha inmortalizado Leonidas en las Termópilas, Temístocles en Salamina. Cuando los griegos remaban contra sus enemigos en estas costas benditas, podían ver sus hijos y sus mujeres coronando los promontorios y los cabos para moverlos á morir mil veces antes que tolerar disminución ninguna de su patria. La escuadra persa era innumerable; y sobre la punta que formaba la montaña Egalea veíase asentado en un trono de oro al déspota de Asia; por manera que allí, en tamaña competencia, descubrían los persas de un lado al ídolo que pesaba con inmensa pesadumbre sobre sus espaldas, mientras los griegos descubrían de su lado la libertad y la patria. Comenzó el ataque de Salamina con una extre-

ma violencia por la parte de los asiáticos. El griego retrocedió á este primer embate, pero retrocedió con orden y en línea de batalla. Enseñados los persas con el escarmiento de Maratón, y expertos ya en artes é industrias griegas, no rebasaron su línea de combate, y se detuvieron tras el primer encuentro. Después de breve suspensión, en la cual diríase que tomaban aliento, empeñáronse mil combates parciales entre los grupos diversos de naves combatientes. Pero á estas escaramuzas aisladas bien pronto siguieron encuentros generales en toda la línea. La galera oriental, semejante á un palacio y á un templo movable, mostró su inferioridad irremediable ante la hermosa y ligerísima nave griega, que corría como una especie de aguda flecha, y clavando sus espolones en el vientre de las pesadas máquinas contrarias, sumergíalas en las aguas alteradas. Nunca se mostró tanto la ventaja del genio sobre el número y de la idea sobre la fuerza como en aquel momento supremo. La fuerza, comunicada por las ideas y por sus chispas creadoras á los griegos, predominó sobre la muelle grandeza del asiático, incapacitado por el propio enorme volumen de sus navíos para todo movimiento, así en la defensa como en el ataque. Lo cierto es que la derrota de Jerjes se declaró bien pronto, y que los fugitivos no pudieron ni aprovecharse de las islas cercanas, porque les cerró el paso Aristides con tropas de refresco. La batalla de Salamina completa la batalla de Maratón. Mas aún quedaba que intentar otro esfuerzo definitivo y que ceñir con supremo nuevo triunfo aquel épico empeño. Mardonio, general de Jerjes, reunió los últimos recursos del Asia y se propuso escarmentar á Grecia. Ésta, por su parte, congregó todos sus hijos, resueltos de nuevo á otro sacrificio que demostrara definitivamente la superioridad incalculable del joven mundo europeo sobre el viejo mundo asiático. Los campos de Platea les ofrecieron esta feliz coyuntura. Antes de citarse allí los combatientes, devoraron derrotas nuevas los déspotas, derrotas por las cuales se afligieron al extremo de sollozar como mujeres. Diez días estuvieron las falanges griegas frente al ejército de los déspotas. Mardonio no se cansaba de reconocimientos que le industriasen á ciencia cierta en las respectivas posiciones y en los mutuos recursos. Mas, al cabo de diez días, el hambre impuso al irruptor un movimiento de ataque. Advertidos los grie-

gos, mostraron irresoluciones é incertidumbres propias de los nerviosos en clamoroso estruendo al cual dudaron los generales suyos de un triunfo semejante á los obtenidos en anteriores encuentros. Durante muchas horas parecía la fortuna inclinada con inclinación incontrastable hacia el viejo enemigo de Grecia. Beocios, espartanos, atenienses, tegeates, disputaban entre sí con ardor y no se resolvían por ningún empuje. Los espartanos, por si habían de ocupar tal ó cual puesto, se dejaban destruir y segar como si fuesen espigas cortadas por una hoz. Cuando ya se resolvieron á pelear y entraron lacedemonios y atenienses cantando sus himnos en las espirales terribles de aquellos encuentros espantosos, combatían cada cual por su lado sin acordarse ni siquiera del auxilio que se prestaban. Por fortuna, como el honor de Maratón está unido al nombre de Milciades, y el honor de las Termópilas unido al nombre de Leonidas, y el honor de Salamina unido al nombre de Temístocles, el honor de Platea está unido al nombre de Aristides, que reunió las dos alas de los atenienses y de los espartanos para llevarlos al triunfo y, después de triunfar, los reconcilió para que no lucharan por el premio. Tales fueron las consecuencias de aquel triunfo que debía, no sólo mostrar la superioridad inmensa de Grecia sobre el Asia, sino unir á todos los griegos en una misma patria.

— Aristides — añade Séneca — aparece ahora como el genio de Grecia. Él declara inviolables y sacras las ciudades en que se ha conseguido una victoria común, las cuales no podrían recibir ofensa y agravio y ataque sin que las acorriesen todos los griegos en una



Milciades

confederación portentosa. Él aconsejó erigir un templo al Zeus libertador, donde se congregasen las almas y las ideas de los helenos. Él reunió las asambleas patrias en el istmo de Corinto, y encargó á Pausanias el castigo á los traidores aristócratas tebanos. Las tumbas de Platea se convirtieron en aras divinas, las sombras de los héroes tomaron aspectos de dioses. Reuniéronse coros de poetas, en guisa de sublimes sacerdocios, para componer himnos y cantarlos en falange y legión. La historia tomó el carácter de la poesía por lo grande, y la poesía tomó el carácter de la historia por lo real. Ni siquiera se detuvieron á escribir lo que habían hecho. Cuando Herodoto llegó á fijarlo, estaba ya la tradición fija. El tropo bien poético de que las flechas lanzadas por los persas habían obscurecido el sol pasó á verdad histórica. El genio griego se universalizó tanto, que hasta pudo componer la elegía del vencido. Nuevamente, como en los campos de Troya, había el genio de Occidente vencido al genio de Oriente, mas no al genio de Oriente personificado en una ciudad griega sola y triste, al genio de Oriente personificado en todas sus razas. La democracia venció al despotismo. La república mostró una vez más su incontestable superioridad sobre la monarquía. La idea y la libertad sojuzgaron á la materia y á la fuerza. Sobrepúsose al fatalismo ciego el humano albedrío. La ciencia sobrepujo con su táctica invencible al sortilegio y á la magia. El pueblo rompió la horda. Hasta para obedecer sabían más los ciudadanos que los siervos. La ley sobrepujo al déspota hasta en los ejércitos. Los libres ejercieron el mando y practicaron la obediencia mejor que los tiranos. Atenas subió á sol de las ciudades griegas, rodeada por el coro inmortal de sus héroes, de sus artistas y de sus poetas. El genio griego, que llevaba en sí los destinos de la civilización universal y de la libertad humana, quedó vencedor sobre aquel genio asiático, que llevaba en sí la esclavitud y la casta. La infeliz Euménide, llamada Atossa, no hizo más que perder al Asia con su imprevisión y con su orgullo.

— Resumamos cuanto hemos dicho — añadió Lucano, — y saquemos de todo ello la indeclinable consecuencia. Servidores forzosos de un César y perdidamente de la libertad enamorados, tanña lucha de nuestra posición peculiar con nuestros afectos más íntimos trae consigo aparejada una catástrofe. Creer que del culto

á la república muerta solamente provendrán espiritualistas contemplaciones á lo ideal y á lo pasado sin acto ninguno en la realidad y en la vida, paréceme un verdadero desvarío. Por secretas que sean las ideas y por calladas las reuniones, todo cuanto se piensa y se dice, poco á poco va condensándose á manera de núcleo y componiendo cual un foco, en cuyo alrededor se encuentran luz y calor, que á la postre iluminan los entendimientos y acaloran los ánimos, organizándolos en un ejército vivo y fuerte que corre desalado á conquistar primero y á conservar después la libertad, querida y proclamada por todos. ¿Queréis volver á la república los ojos del alma y que no la vuelvan á una sus rostros todos aquellos á quienes vuestro pensamiento guía y vuestra voz entusiasma? Consumís la vida en alabanza de Bruto y de Catón, en recuerdos de Lucrecia y de Virginia, en tristes nostalgias de la libertad perdida, en esfuerzos por la reconstrucción de vuestra rota tribuna, de vuestro desbandadísimo Senado, ¿y queréis luego que todo esto no suscite grandes partidos y que todos estos partidos no transmitan al espacio el fuego por nosotros prendido en las conciencias? Hoy mismo, al hablar de Atossa, os habéis á la infame Agripina referido; y al contar las desgracias acaecidas á Jerjes derrotado por la libertad, no habéis hecho más que anunciar cuantas desgracias veis ahora mismo cernerse á una sobre la cabeza de Nerón, que será por la libertad eterna vencido también como Jerjes. Vosotros, satíricos, únicamente satirizáis al imperio; vosotros, filósofos, únicamente pensáis contra el imperio; yo, cantor, no sé levantar á las alturas mi voz más que contra ese imperio, al cual hemos jurado un odio sólo comparable al sentido por Aníbal hacia Roma ó al sentido por Escipión hacia Cartago. Lo declaro con melancolía: no creo la libertad planta de fácil brote y de fácil cultivo en la Roma de los césares. Dentro de mi poema la pinto huyendo de nuestros lares para buscar su refugio tras las tristes aguas del Rhin, donde suscitara los hombres de la Naturaleza virgen y de la selva libre contra los hijos de una sociedad gastada y esclavos cobardes ¡ay! de unos odiados césares. Así, ante todo esto, no queda sino un recurso á nuestro ánimo y á nuestro espíritu: mostrar el culto que sentimos hacia la libertad, muriendo por su restablecimiento.